

LOS CHIMILA: UN PUEBLO MORIBUNDO¹

GUSTAF BOLINDER

LOS TRES BLANCOS CREÍAN QUE SU ODISEA se acercaba a su final pero aún les faltaba mucho por andar. Todo transcurrió así. Mi esposa y yo ya habíamos empacado y estábamos listos para irnos de Valledupar. En Valencia nos esperaban el fotógrafo y dos burros. Mis animales estaban agotados y sólo podíamos servirnos de una mula. Los dos burros de Valencia tampoco eran de utilidad.

Esto nos obligó a alquilar una recua, de la cual se nos aseguró que pronto estaría lista para la marcha. Pero los suramericanos no le dan el mismo sentido a la palabra mañana. Pasaban los días y la recua nunca estaba lista. Su dueño, un comerciante de caballos de nombre Buenaventura, al que llamaban “Buena-venta”, nos acompañaría por buenas razones.

Desde Valencia nos llegó el rumor de que el fotógrafo estaba enfermo. Aunque los animales no estaban completos, decidimos partir de inmediato. Entonces apareció, pálido y hecho una miseria, tambaleándose sobre un burro no menos miserable. ¡Era nada más y nada menos que el fotógrafo! En medio de un delirio febril se había levantado, ensillado su asno y cabalgado hasta Valledupar. Ni él ni su burro tuvieron las fuerzas para llegar el primer día, viéndose obligados a pasar la noche sin comida y en medio de la selva. Por fortuna, las olas de la guerra habían conducido un médico alemán a las playas colombianas, y desde allí, a las sabanas y a Valledupar. Él logró levantar al fotógrafo a punta de inyecciones de quinina.

Por fin, al día siguiente, la caravana partió. Como es costumbre en el país, varios dignatarios de la ciudad nos acompañaron por un trecho a caballo.

¹ El presente texto fue tomado de Gustaf Bolinder, “Ett döende folk”, *Indianer och tre vita*, Estocolmo, Albert Bonniers Förlag, 1921, pp. 201-211. La traducción del sueco fue hecha por Margarita de Zea y conservó del original la ortografía de las palabras en castellano. Las imágenes que lo acompañan pertenecen al original. Para más información, véase el artículo precedente en esta misma publicación: Juan Camilo Nino Vargas, “En las intermediaciones del fin del mundo. Los encuentros de Gustaf Bolinder y los chimilas en 1915 y 1920”.

Son innumerables las historias que podrían contarse sobre el viaje de una caravana con pésimos animales y con un miembro débil y agotado, a quien el médico le había prohibido por completo comer cualquier cosa diferente al caldo con galletas remojadas. Puesto que ya he relatado uno que otro detalle de las aventuras y contratiempos de los caminos, aquí sólo me referiré a un pequeño episodio, que no se cuenta entre los usuales del recorrido. Decidimos descansar en el lecho seco de un río para hacer café. Justo cuando mi esposa estaba a punto de sentarse bajo la sombra de un arbusto, nuestro buen Buenaventura la agarró por el brazo, haciéndonos señas con un semblante aterrado. ¡Por poco se sienta sobre un caimán! Se trataba de un ejemplar menor pero suficientemente grande como para haber matado una oveja, cuyos restos se hallaban esparcidos alrededor. ¡Era en verdad un asiento muy inapropiado! Afortunadamente había quedado repleto después de aquel banquete. Después de que unos tiros de revólver acabaron con su vida, pudimos encontrar, efectivamente, una oveja en su barriga. En un charco, un poco más allá, en el lecho del río, chapoteaba un compañero suyo. Le mandé unas cuantas balas del Browning, y desapareció. Aunque los caimanes son tímidos en los caminos transitados, en aquellos parajes en donde la población es escasa, o en los lugares en donde ellos son numerosos, se tornan descarados y no vacilan en atacar a los seres humanos. En el Magdalena ni siquiera se toman el trabajo de apartarse ante los resoplidos de un vapor fluvial.

Finalmente, después de atravesar sabanas secas por el verano y selvas todavía húmedas por la lluvia, llegamos a Santa Marta, el punto final del ferrocarril de Fundación. Nos hospedamos en la casa de tres jóvenes alemanes que habían montado un pequeño aserradero a la orilla del río. Trabajaban y trajinaban mucho más que sus propios peones. Encima de su mesa se encontraba un viejo ejemplar de la revista *Die Kunst*, en la cual hallamos la única noticia que nos llegó sobre la muerte de Anders Zorn². Ya nunca sabría cómo iba a concluir la expedición que con tanta generosidad apoyó.

Desde Fundación es fácil llegar a Barranquilla. En ese punto planeábamos tomar un barco sueco. Pero ¡ay! ¡Falsa alarma! No había ninguna embarcación esperándonos. ¿Ahora qué íbamos a hacer? No vacilamos ni un instante. Sólo existía una cosa que no había alcanzado a realizar. El fotógrafo y yo partiríamos en busca de los chimila.

En las primeras crónicas de los conquistadores aparecen bastantes notas sobre estos indios. Ximenes de Quesada, el conquistador de los chibchas, atravesó sus tierras cuando se abría camino hacia las misteriosas montañas de oro

2 Anders Zorn fue un famoso escultor, grabador y pintor impresionista. Nació en 1860 y murió en 1920. (Nota del traductor)

del interior del país. Los conquistadores tuvieron que soportar grandes penalidades en su territorio, en las selvas alledañas a la Sierra Nevada. Había animales salvajes, alacranes y ciempiés, verdaderas pestes de insectos de toda índole. Las fiebres y la falta de alimentos hicieron que el recorrido fuera prácticamente insoportable. Eran muchos los peligros desconocidos. A las plagas cuyas larvas viven en la piel humana se sumaba el manzanillo, una planta cuyos vapores venenosos matan a quien duerme bajo su sombra y cuya savia corroe la carne hasta el hueso si una sola de sus gotas cae sobre la piel. Y entre la manigua asechaban los chimila con sus flechas envenenadas, listos a atacar. Quesada y los otros aventureros españoles difícilmente hubieran podido llegar a imaginar que aquellos salvajes desnudos eran parientes de los altamente civilizados chibchas, cuya cultura y abundantes riquezas en oro asombraron a los europeos.



Foto 1. Durante la mañana... Fuente: Bolinder, 1921: 203.

El país de los chibchas fue conquistado, pero los chimila se mantuvieron independientes. A lo largo del siglo XVIII se escribieron libros sobre la mejor manera de sojuzgarlos. Todavía a mediados del siglo XIX les inspiraban terror a los patrones de las canoas que recorrían el río Magdalena. Ninguna guerra pudo exterminarlos.

Pero hace cinco años quedaban muy pocos. Después de haber hecho esfuerzos, encontré el último residuo independiente de la tribu. Sólo subsistían siete individuos. ¿Quién o qué los había acabado? Solamente había una respuesta, la de siempre: la civilización. Fue la civilización de la que siempre huyeron, con enfermedades peores que la malaria y la disentería, con un aguardiente que causa más muertes que las serpientes y los escorpiones, con ferrocarriles y plantaciones que acaparan las áreas de caza y las mejores tierras cultivables. Su fin se ha acercado inexorablemente. En el momento en que escribo estas líneas, es muy posible que ya haya llegado. Porque cuando muera el último cacique, ya bastante enfermo y agotado, desaparecerá toda la tribu, si es que siete personas pueden llamarse una tribu.

En Fundación nadie sabía en dónde podían hallarse. “Ya no existen”, era la respuesta más usual. Y nadie quería confiar sus animales a una empresa de búsqueda tan arriesgada. Por eso decidimos partir a pie, junto con un burro y el mejor peón de los alemanes. Ellos lo apreciaban porque, como decían, su sangre era igual que la vieja bandera alemana: negra, blanca y roja. Puesto que era un excelente hombre, con una notable capacidad para abrirse camino y encontrar algo comestible, nosotros también le cogimos afecto.

348

La primera tarde llovió y los zancudos nos obligaron a huir. Después de muchas horas de marcha, y de deambular por tres días y tres noches, encontramos a un hombre que, por una elevada remuneración, estuvo dispuesto a enseñarnos el lugar en el que se hallaban los indios. Tras haber vadeado varias veces el torrentoso río Ariguaní, nos topamos con sus chozas en la mañana.

Pero la suerte no estaba de nuestro lado. En aquel lugar sólo se hallaba presente una vieja ciega, muy fea y llena de llagas. Como es obvio, deseábamos esperar al hombre y los jóvenes que se encontraban cazando. Nuestro guía no tenía ánimos de quedarse, así que nos recomendó ante la vieja y se fue. A juzgar por la cara de la mujer, sin embargo, sus recomendaciones no sirvieron de mucho. Ella, además, no conocía al guía más que a nosotros, y eran pocas las palabras que sabía en español.

Allí nos quedamos hasta que cayó la noche, hambrientos y cansados. Por fin aparecieron los otros indios. No puedo decir que nos hayan recibido con mucha amabilidad: se acercaron armados con arcos y flechas listos para ser usados. Aunque sabía que seguramente se trataba de una demostración de asombro, no fue un acontecimiento muy agradable. Nos aseguraron que hasta ese día ningún blanco se había acercado, y, desde luego, no esperaban nada bueno de los blancos. A pesar de esto, unos regalos de poca monta los tranquilizaron.

Si bien los chimila tienen chozas amplias y buenas, tuvimos que dormir afuera, sobre el suelo, con nuestras delgadas ropas y tan sólo cubiertos por unas hojas de palma, por si acaso llovía. La noche fue fría y los mosquitos pulularon.

Los dos jóvenes durmieron con nosotros. Además de ellos había un viejo,

una anciana ciega, un muchachito y dos mujeres, una mayor y otra menor, ambas esposas del viejo. Los jóvenes nos confesaron que, una vez muriera el viejo, se largarían. Ya tenían pantalón y camisa escondidos en sus chozas y tenían la intención de “civilizarse”. Debido a la situación que atravesaban les era imposible conseguir mujeres: las dos únicas que había eran las del viejo. La anciana ciega era la madre de uno de los jóvenes, y el otro era hijo del viejo.

Los muchachos hablaban bastante bien en español pero los demás casi nada. Toda la noche los oímos discutir en sus chozas. Aunque su lengua está estrechamente emparentada con la de los ijcas, y con la de los chibchas, no entendí ni una sola palabra.

Al día siguiente logramos cambiar un cuchillo por unas cuantas raíces cocidas. Después de comer fuimos a ver a nuestros anfitriones, todavía un poco afables. Los viejos tenían un aspecto horrible, pero las mujeres y los jóvenes eran de semblante agradable. Si no fuera por una especie de faldón bellamente tejido y pintado, podría decirse que los hombres andaban desnudos. Las mujeres, por su parte, llevaban un camión abierto por los lados. Todos sufrían de enfermedades en la piel y, en especial, de *jobero* o carate, dolencia que se manifestaba con manchas blancas. Me aseguraron que el uso de pintura roja hecha de achiote los protegía contra las innumerables nubes de mosquitos y jejenes pero, a juzgar por su constante rasquiña, era un remedio poco efectivo. En cualquier caso, siempre andaban untados de pies a cabeza de la pintura, luciendo como verdaderos “pieles rojas”.

Los pobres llevan una vida bastante miserable. No sacan gran provecho de sus sembrados y la caza es pésima. Tampoco celebran fiestas ni bailes, puesto que su tribu está diezmada. ¡Qué diferentes estos indios desnutridos y enfermos y los alegres y felices marocasos, en las montañas frescas y fértiles!

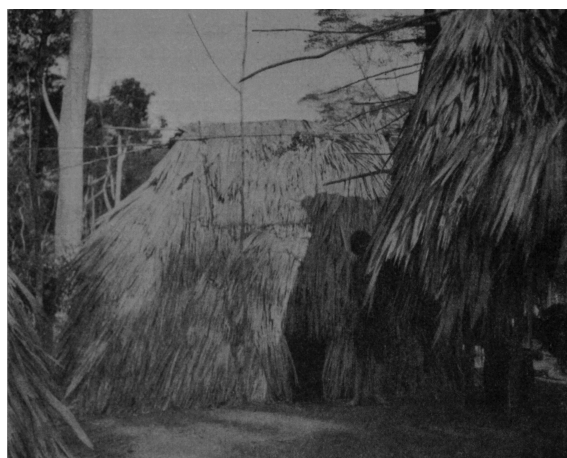


Foto 2. La choza era buena pero su puerta era pequeña. Fuente: Bolinder, 1921: 205.

Los chimila poseían un buen cúmulo de objetos de interés etnográfico. En sus chozas tenían hamacas cortas y poco cómodas, canastas muy bien hechas y primitivas vasijas de barro. También había tambores de gran longitud, que, si no hubieran sido observados por los primeros conquistadores, podrían creerse de origen africano. Todo estaba untado de pasta roja.

Sus armas también eran interesantes. Al lado de los arcos reposaban muñequeras de madera empleadas para dispararles a los pájaros en los árboles o en vuelo. Los chimila son los únicos indios de esta parte de América del Sur que todavía utilizan una antigua maza de madera, un arma pesada y terrible. La ancha hoja de la maza termina en una larga punta, que se entierra en el suelo cuando el arma no se necesita. Aunque ciertos tipos de flechas estaban envenenados, seguramente con el jugo del manzanillo, los indios tenían reconocerlo y nos previnieron sobre las flechas alegando que eran “medicina”.

Las chozas eran grandes, completamente cubiertas de hojas de palma. Sus entradas eran tan bajas que había que atravesarlas a gatas. Una hoja de palma hace las veces de puerta. Su construcción demanda utilizar los árboles nativos que aún crecen allí. Las habitaciones son de tipo palenque y el techo tiene la forma de una silla de montar directamente colocada sobre el suelo. Entre todos, los siete miembros de la tribu tenían diez chozas repartidas en dos pueblos. El espacio era más que suficiente para vivir. Todas las chozas, al igual que los cultivos, eran nuevos. No había pasado mucho tiempo desde la última vez en que se habían replegado ante la creciente avanzada de la colonización.

No fue fácil filmar a los indios, pero lo logramos a punta de zalamerías y regalos. Documentamos a la vieja ciega, a la joven esposa hilando, a los muchachos asando carne sobre una parrilla de madera y a todos los hombres practicando con sus armas. El viejo esgrimió la espada con bastante pericia. Lastimosamente, no logramos convencerlo de quitarse un viejo cuello almidonado que habíamos encontrado en nuestro equipaje y que le ofrecimos colocar alrededor de su arrugado cuello. Semejante adorno quedó registrado en la película y, probablemente, el viejo aún lo tiene puesto.

Hubiéramos querido quedarnos un tiempo más con los chimila. Sabíamos que la oportunidad de volverlos a estudiar seguramente no se repetiría. Pero nuestros anfitriones no estaban muy dispuestos a seguir permitiendo nuestra estancia. Estaban convencidos de que nuestro verdadero propósito era espíarlos para, tal vez más adelante, arrebatarles su último refugio, crear cultivos y sembrar pasto para ganado. Por eso nos contaban ansiosamente sobre la pobreza de la tierra y la escasez de la caza. Si bien es cierto que tenían razón, no fue fácil perdonarlos por tratar de expulsarnos a punta de hambre. Eso fue lo que precisamente hicieron para mostrarnos la miseria en que vivían y, naturalmente, para apurar

nuestra partida. Solían comer a escondidas por la noche, en la choza del viejo, cosa muy rara entre los indios, que suelen ser sumamente hospitalarios.

Cuando se acabaron los objetos de trueque y la película, decidimos ponernos en camino. Nos aguardaban pesadas marchas nocturnas. Los jóvenes, ante la insistencia del viejo, nos acompañaron por un trecho, obviamente para verificar nuestra partida. Nos ayudaron muy amablemente a cargar nuestro equipaje. Un poco antes de llegar a la hacienda más cercana se detuvieron y nos señalaron el camino que debíamos coger, negándose a seguir más adelante. Vadeamos el brazo del Ariguaní que separa sus tierras de caza de las posesiones de los blancos y les dijimos adiós agitando nuestras manos. La última vez que los divisamos, estaban sentados y sumidos en profundas reflexiones. Tal vez era la primera y la última vez que habían podido recibir la visita de unos blancos en su morada.

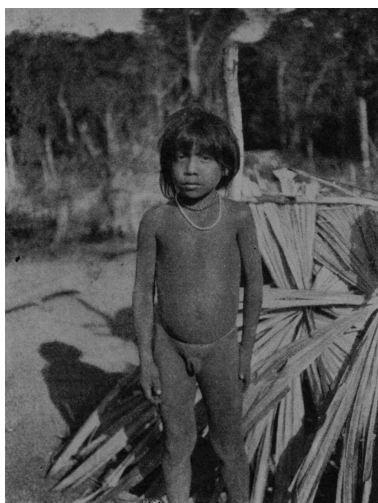


Foto 3. El último descendiente de los chimila. Fuente: Bolinder, 1921: 209.

La vuelta la hicimos directa. Al cabo de 48 horas de marchas forzadas y sin acampar llegamos a Fundación. De inmediato, sin siquiera quitarnos la ropa, nos tiramos al río. Todo había acabado, habíamos regresado a la civilización. El peón se encargó de nuestros harapos y por fin nos vestimos de lino y palmbeach. Cogimos el primer tren para Ciénaga, y allí, el primer barco hacia Barranquilla.

Puesto que ningún barco sueco estaba en camino, y fue imposible recibir información telegráfica de Panamá, nos embarcamos en el vapor francés *Haiti*. ¡Llegamos a Colón exactamente 72 horas después haber cruzado el *Buenos Aires* de la Johnsonline, que se dirigía a casa! No podíamos concebir otra situación peor que quedarnos atrapados en Panamá. Hasta pensamos en organizar otra expedición. Ciertos acontecimientos, empero, lo hicieron imposible. ✨